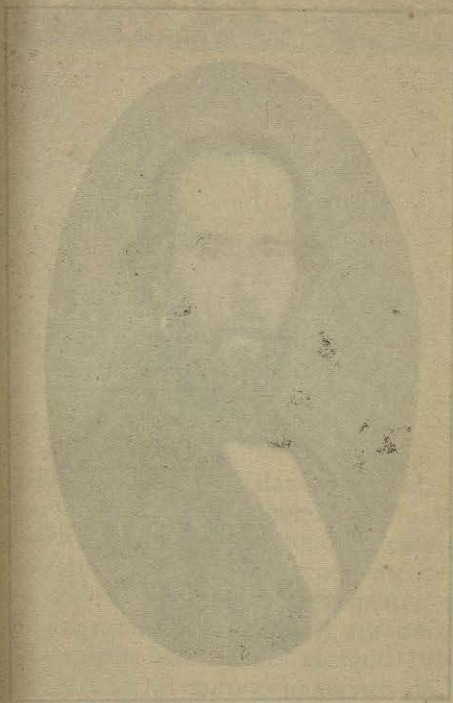


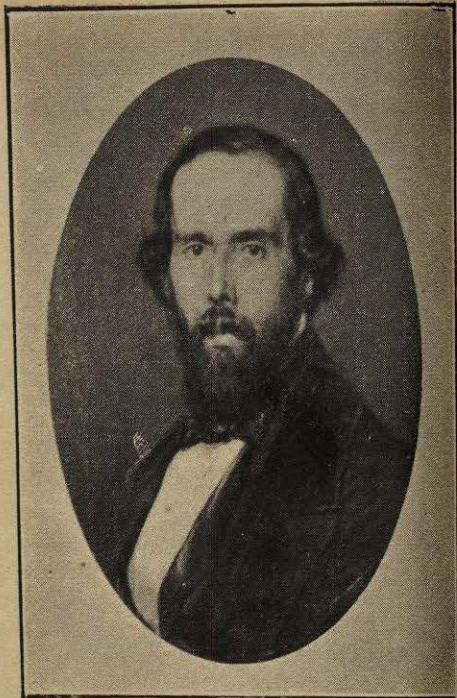
Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

D. MANUEL VILAR

D. MANUEL VILAR



Manuel Vilar



Manuel Vilar.



D. MANUEL VILAR

Nació D. Manuel Vilar en la ciudad de Barcelona el 15 de Noviembre de 1812. Resuelto á adquirir los conocimientos de escultor que le atraían grandemente, el profesor de este ramo, Campeny, dirigió sus primeros pasos en el aprendizaje, en la misma capital del antiguo Principado, y con tal aprovechamiento del joven Vilar, que no bien cumplidos los veintiún años, mereció ser pensionado en Roma por la Cámara de comercio de su ciudad natal. Púsose allí bajo la dirección del escultor español, D. Antonio Solá, en cuyo estudio ejecutó una estatua

de "Jasón" y el grupo de "Neso y Dejanira," obras que envió á la Academia de Barcelona, y por las que mereció ser nombrado, en 1841, teniente director de escultura de la propia Academia; y aunque aceptó nuestro joven artista el derecho á ocupar el puesto que dejara vacante Campeny, prosiguió perfeccionando sus conocimientos en Roma con el famoso Tenerani, discípulo que había sido del gran estatuario Thorvaldsen.

Tocóle, pues, en suerte á Vilar, hacer estancia en Roma y allí educarse, cuando imperaban todavía las ideas del más noble y severo clacicismo, puestas nuevamente en boga por el arqueólogo y crítico Winkelmann y reafirmadas, prestigiadas y divulgadas por Canova, y aun más que por Canova, por Thorvaldsen, con sus admirables estatuas, grupos y bajo-relieves, en los que resurgieron á nueva vida los dioses y semidioses de la divina Mitología helénica; estatuas, grupos y bajo-relieves en los que reaparecía aquella franca desnudez antigua, aquella idealidad y depuración de las formas, aquella perenne vida impresa en el mármol, aquel sensualismo púdico, aquella serena expresión de las efigies, aquellos perfiles irreprochables, en una palabra, aquella suprema elación en el estilo, por que llegó á ser Thorvaldsen digno continua-

dor de los estatuarios griegos. En la atmósfera artística, formada por este preclaro espíritu, educóse Vilar. Sus dos maestros, Solá y Tenerani, nutrieronle con la vigorizante médula del clacicismo en toda su pureza, y tuvo, por lo mismo, la solidez de instrucción en su ramo y todas las demás condiciones necesarias para venir á ser, á su vez, andando el tiempo, excelente profesor de escultura.

Veamos en qué circunstancias pasó á serlo, en la Academia de San Carlos de México.

Tan presto como la celosísima y entendida Junta Superior de Gobierno de nuestra Academia, húbole comunicado, en 1845, al Encargado de Negocios de la República en Roma, D. José María Montoya, las instrucciones conducentes para la designación de los profesores europeos que habrían de venir á nuestra Academia á impartir la enseñanza artística, apresuróse Montoya á darles puntual cumplimiento; y al efecto, expidió en "La Gaceta de Roma," una convocatoria llamando á todo aquel que quisiera optar por la dirección de escultura, en el establecimiento. Presentados al concurso los candidatos, el representante de México solicitó y obtuvo de los tres más afamados escultores que por entonces residían en la capital del arte, Antonio So-

lá, Pedro Tenerani y Juan Gibson, que le presentaran una terna de los que, de aquéllos, tuvieran por los más competentes, para que Montoya eligiese al que habría de ser director en definitiva. Figuraron en la terna los nombres del español Vilar y de los italianos Dante y Cauda. El orden de los nombres indicaba claramente á quién se le concedía la preferencia, y Montoya no tuvo que vacilar en su voto; pero deseando justificarlo plenamente ante la Junta, y como en garantía de acierto, envió á ésta los dictámenes de los profesores con quienes había consultado.

El que extendieron Solá y Tenerani, fué como sigue:

“Declaramos los suscritos que los señores Vilar, Dante y Cauda, son los más capaces entre los que se han presentado al concurso para la cátedra de escultura de la Academia de México. Roma, Junio 8 de 1845.”

El signado por Gibson, algo más explícito, fué del tenor siguiente:

“Habiéndome rogado el señor Ministro de México que formara una terna de artistas que tuviesen capacidad para establecer y dirigir una escuela de escultura en México, declaro ser la verdad, que en encuentro con aptitud á los señores Vilar, Dante y Cauda; declaró otrosí estar

persuadido de que el mérito del señor Vilar, es superior al de los otros. Roma, Julio 17 de 1845.” (1)

Concurriendo además en Vilar la circunstancia ventajosa de hablar castellano, no tuvo el menor escrúpulo para elegirle Montoya, facultado como lo estaba para ello por la Junta; y así, celebró con el artista el respectivo contrato por cinco años, en cuya virtud embarcóse con dirección á México, juntamente con el director de pintura, Clavé, y ambos llegaron á esta capital á principios del año de 1846.

Al tomar á su cargo Vilar la dirección de la clase de escultura de la Academia, D. Francisco Terrazas, discípulo de Patiño Ixtolinque, que hasta entonces había venido desempeñándola aunque deficientemente, puesto que redujo su enseñanza á la escultura en madera y colorida, único género que tenía en el país demanda para proveer de imágenes á los templos,—hubo de quedar en la Escuela como simple director de dibujo. Terrazas como imaginero gozó de algún crédito, sobre todo, en las esculturas pequeñas que hacía con cierto primor y gracia; pe-

(1) Los insertos documentos, han sido copiados del Archivo de la Escuela de Bellas Artes.

ro de lo que era capaz en las obras en grande, queda una muestra en las imágenes del Ciprés de la Catedral de México, todas las cuales le pertenecen, con excepción del grupo de la Asunción de la Virgen, obra de Primitivo Miranda. Por aquellas esculturas aparece que era Terrazas pobre de inventiva y de una ejecución amanerada y tosca, delatándose demasiado en sus trabajos el empleo de la gubia, ó dígase, el mecanismo del procedimiento. Superiores con mucho á Terrazas fueron, sin duda, los afamados imagineros queretanos Perusquía, Arce y Montenegro. La substitución de Vilar por Terrazas, fué, por lo mismo, en gran modo ventajosa para la Academia.

El estudio concienzudo de la Anatomía del cuerpo humano, el dibujo tomado del antiguo, el modelado del modelo vivo ó las academias, el vaciado en yeso, la práctica del mármol y la composición de obras originales, formaron el programa de la enseñanza de Vilar.

Los discípulos de Terrazas un tanto adelantados, José Bellido, Martín Soriano y Pedro Patiño, pasaron á serlo del nuevo director de escultura; y á éstos deben agregarse los más recientes, Amador Rosete, Epitacio Calvo, Agustín Barragán, Luis Paredes, Agustín Franco, Felipe Sojo y Miguel Noreña.

No tardaron en verse de manifiesto las pruebas del saber de Vilar, de los buenos resultados de su enseñanza y de los rápidos adelantos realizados por sus alumnos, en las obras que aquél y éstos presentaron desde las primeras exposiciones públicas celebradas por la Academia.

En la tercera exposición, que se efectuó en 1851, presentó el maestro cinco esculturas originales en yeso de mitad del natural, dos de asunto religioso, "San Joaquín" y "Santa Ana," y tres de asunto profano, "Moctezuma," "La Malinche" é "Iturbide." Si las dos primeras son un tanto débiles, son harto notables, en cambio, las tres últimas, por la propiedad de los tipos, el estudio y conveniencia de los trajes, y la elegancia y propiedad de las actitudes. Para el ropaje del "Moctezuma" y "La Malinche," hizo el escultor estudios especiales en las piedras labradas y demás monumentos de los indios, que en el Museo Nacional se conservan.

En la exposición del año subsiguiente, presentó Vilar, la estatua colosal en yeso del capitán tlaxcalteca "Tlahuicole," en actitud de combatir en el sacrificio gladiatorio, y los grupos en mármol, también de tamaño mayor del natural, "Un niño jugando con un mastín," y "Una niña libertando una tórtola de las garras de un perro." Estas dos últimas obras ha-

bíalas ejecutado su autor en Roma, y al darlas á conocer en México, adquiriolas en propiedad el académico consiliario y acaudalado D. Cayotano Rubio. Los asuntos familiares de ambos grupos, mostraban, de sobra, que aunque formado el maestro en la escuela severa y elevada que procedía de Thorvaldsen, no era con todo, un rígido y exclusivista cultivador de los asuntos clásicos, antes bien, aceptaba las naturales evoluciones por las que modernamente su arte había pasado, al adoptar temas sencillos y familiares.

El "Tlahuicole" es propiamente obra de un maestro consumado en la anatomía y en el modelado prolijo. Echase de ver en ella á primera vista, un intencionado alarde de conocimientos anatómicos y de juego de músculos, que no choca en un profesor que así sabía dominar la técnica. Por lo demás, esas formas acusadas, adaptanse harlo bien al asunto, aparte de verse tal práctica autorizada en el "Hércules Farnesio," cuya musculatura es muy vigorosa y sumamente escritas todas sus formas.

En cuanto á los discípulos, vencido que habían los primeros estudios de dibujo, copia y modelado, hacíalos ejecutar el maestro por orden sucesivo de dificultad, bustos originales, estatuas com-

pletas, grupos y bajos y altos relieves; y así, exhibieron en las exposiciones, tras de algunos retratos de los miembros principales de la Junta, tomados de bustos originales de Vilar, como más adelantados, Bellido y Soriano respectivamente, las estatuas de San Sebastián y San Juan Bautista, y los grupos de "La Trinidad" y "La Piedad," y más adelante, los bajos relieves alegóricos de los "Angeles con la Eucaristía" y "La Paz premiando á las Bellas Artes." En posteriores exposiciones presentaron, Sojo, que descolló sobre todos, la estatua de Perseo, el grupo de Mercurio y Argos, y el alto relieve del "Descendimiento" con numerosas figuras, todas de tamaño natural; Calvo, la estatua de Diomedes, y Barragán "Un cazador" y el grupo de "Adán con el cadáver de Abel," etc.

Una práctica por extremo fructuosa para los alumnos, fué constantemente observada por Vilar en su clase, y consistía, en encomendarle á cada uno de ellos, por orden de antigüedad en la Escuela, la indicación de asuntos para las obras que habrían de emprenderse, y hacer el examen crítico de estas mismas obras delante de los demás compañeros, en caso de que se hubiesen llevado á término con el modelo vivo, previa aprobación del boceto hecha por el maestro. Seguidamente

exponiales él mismo sus observaciones acerca de lo expresado por el alumno que había hecho el análisis, notando sus aciertos ó errores. Por este medio, al propio tiempo que ejercitaban la fantasía y el razonamiento, los discípulos, iban adquiriendo las reglas de la composición paulatinamente y con cierta firmeza.

En mucho aventajaba semejante práctica á la seguida por Clavé, al darles ya resueltos los asuntos de los cuadros á sus alumnos, por medio de un pequeño apunte hecho por el profesor á contorno, esquivando por este medio comunicarles y hacerlos dueños de los principios teóricos del arte.

No menos adelantósele Vilar á Clavé, en las relativamente numerosas obras originales que él primero hizo para la Academia, cuando Clavé, á pesar de lo que le pedía su contrata, sólo pintaba los retratos que le encomendaban los particula-

res. El poco interés con que veía el público la escultura, y la ninguna denuncia que tenían en México las obras clásicas de este arte, hizo pensar á Vilar sobre el poco lisonjero porvenir que aquí se le esperaba. Recién llegado á la capital pudo haber acariciado otras ideas, pues que el arquitecto Hidalgo, á quien habíase encargado el nuevo Cípris de la iglesia Catedral, pro-

púsosele á nuestro escultor que hiciera las estatuas para dicho Cípris ó altar mayor. Mas como, atento Vilar á los fueros del arte, pretendió que fueran las estatuas de mármol, y el deseo del cabildo metropolitano era que se hicieran de madera y coloridas, pues bien conocida es la repugnancia de nuestros eclesiásticos por todo lo que es arte elevado; resolvióse en definitiva, que no fuera Vilar sino Terrazas quien desempeñara las antedichas imágenes, viéndose, nuestro escultor, por lo mismo, privado de un trabajo que habríale producido utilidades de alguna consideración. (1)

Atento, pues, á que ni la iglesia, ni el gobierno, ni los particulares, daban indicio alguno de interesarse por la buena escultura, ante la triste expectativa que entreveía para su arte, determinó Vilar, en Sep-

(1) Sin referirnos á muchos casos de lamentables destrucciones de obras de arte en los templos, nos concretaremos á citar, el de haberse mandado remover un grupo en mármol de la Sagrada Familia que adornaba convenientemente el altar mayor de la iglesia de San Bernardo, obra ésta del arquitecto Rodríguez Arangoiti; así como el proyecto que hay actualmente de quitar la magnífica estatua orante de mármol del Arzobispo Labastida, del sitio apropiado donde ahora se encuentra, delante del presbiterio de la Colegiata de Guadalupe, para relegarla á los pies de la iglesia. Parece que el mármol ofende la vista de nuestros eclesiásticos. Es verdad que no piensan ni sienten así los de Roma.

tiembre de 1852, á los seis años de permanecer como director de escultura, renunciar á su puesto, volviéndose á Europa; mas D. Bernardo Couto, sagaz y celoso director de la Academia y justo apreciador del mérito de Vilar, opúsose resueltamente á su separación, considerando que ella ocasionaría grave perjuicio al establecimiento; y para disuadirlo de su intento, se propuso que tuviese trabajo el escultor y que se le encargase hacer la estatua en bronce de Iturbide, para un sitio público de la ciudad; con más, la estatua de San Carlos Borromeo y los bustos de D. Javier Echeverría y D. Francisco Sánchez de Tagle, destinadas las tres últimas obras al salón de juntas de la propia Academia.

Renovada con este motivo la contrata del escultor, prosiguió su enseñanza con la dedicación que le era peculiar.

II

Para eficaz estímulo de los alumnos de escultura y medio de propagar la afición por dicho arte, á iniciativa de D. Urbano Fonseca, miembro de la Junta Directiva y entonces también director de Instrucción Pública, dispuso aquella que, como presente á las demás escuelas de enseñanza superior, les hiciera dona-

ción la Academia, de una estatua de sus respectivos patronos, cuya ejecución habría de encomendarse á cada uno de los más aventajados discípulos de Vilar. A tal intento, confiése, á Soriano, la estatua de San Lucas para la Escuela de Medicina; á Bellido, la de San Isidro para la de Agricultura; á Barragán, la de San Pablo, para la de Jurisprudencia, y Sojo haría, finalmente, la del Barón de Humboldt para la Escuela de Minas.

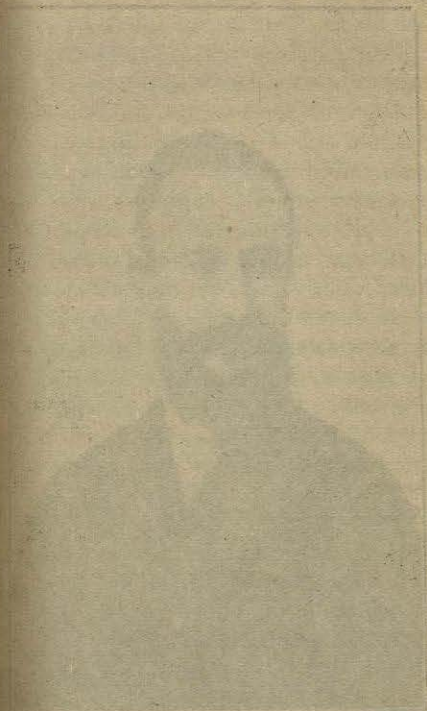
Ejecutáronse tres de las referidas estatuas de tamaño natural y en yeso, y una solamente, la de San Lucas, se llegó á labrar en mármol. No pudo hacerse otro tanto con las de San Isidro y San Pablo, porque, encargados á Italia los grandes trozos de mármol en que habrían de esculpirse, y situados los fondos, el encargado de negocios de la República en Roma (que no lo era ya Montoya), vióse en el caso de tener que disponer de esos mismos fondos, urgido por la estrechez en que vivía á causa de no haberle satisfecho nuestro Gobierno, por espacio de varios meses, sus sueldos como empleado de la Legación de México.

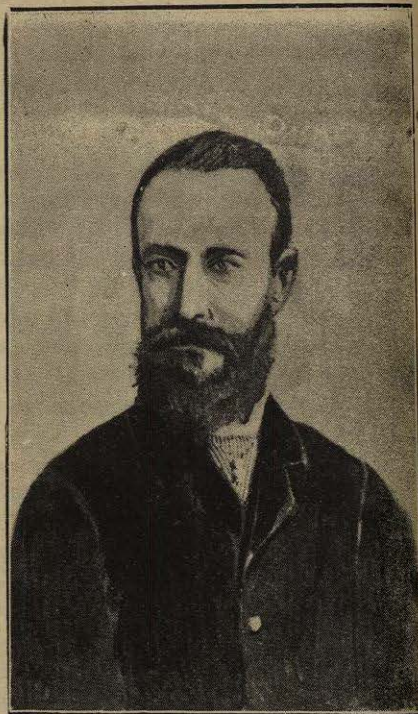
La estatua en mármol del santo médico de Antioquía y más letrado de los relatores evangélicos, es, sin duda, la más sobresaliente obra de cuantas hicieron los discípulos de Vilar, bajo la di-

rección del maestro. La dignidad del tipo, lo bien plantado de la figura, el movimiento de la cabeza en el que se manifiesta la vida, la soltura y conveniencia de la actitud, la disposición y plegado del ropaje, el buen dibujo de las extremidades, hasta los emblemas elegidos, el punzón y el papiros, para caracterizar al evangelista, todo ello concurre á darle realce á la obra y habla favorablemente de las facultades artísticas de Soriano.

Embargada la atención de éste, con el "San Lucas," no pudo tomar parte en el concurso que para conceder la pensión de Roma, efectuóse en 1853; habiéndose disputado el premio, únicamente Sojo y Calvo, con la estatua de Teseo que presentó aquél, y la de Diomedes éste. Salió vencedor Sojo, no obstante lo cual, marchó á Europa en lugar suyo Calvo, á causa de la enfermedad de la anciana madre de Sojo, que estorbóle ir al extranjero á disfrutar de su triunfo.

Para la conveniente enseñanza de sus alumnos por medio del estudio de los grandes modelos de la antigüedad, hizo Vilar que la Junta encargara al escultor Tenerani, varios vaciados en yeso de algunas de las más notables esculturas del Museo del Vaticano, que hacían falta en la colección de yesos que trajo consigo Tolsa en 1791 para la Academia. En e:





Gabriel Guerra.

número de esos vaciados, se cuentan el "Apoxiomeno" de Lisipo, las estatuas de Zenón y Demóstenes, los dos Discóbolos, el Niño del cisne y el de la máscara, un magnífico caballo griego, algunos de los fragmentos ornamentales del Partenón, etc. (1)

Con igual designio que los modelos antiguos, adquiriéronse también para la Academia algunas sobresalientes esculturas modernas en mármol, tales como el "Fauno" y la "Psiquis" de Tenerani y los retratos de Pío IX y del Presidente Bustamante, debidos asimismo al delicado cincel del egregio Tenerani; el grupo de "París y Elena" de D. Antonio Solá, (2) etc. Con los envíos de los pensiona-

(1) Por demás sensible es tener que consignar que casi todos esos magníficos modelos, así como los que forman la colección de Carlos III, y otras esculturas modernas, se encuentran en la actualidad atrozmente estropeados; pues al confluirse su traslación de unos salones á otros de la Escuela de Bellas Artes, en 1903, al escultor ornatista D. Juan de Dios Fernández, lo hizo con tan poca fortuna ó precaución y cuidado, que casi no hubo escultura que no resultase de alguna parte rota. Bien se advierte por este y otros hechos análogos que pudieran citarse, que en punto á arte, estamos en México todavía en pleno período neolítico.

(2) Al volver de la Exposición de Nueva Orleans la exquisita "Psiquis," que el Sr Director de la Escuela de Bellas Artes, D. Román S. de Lasenraín, dispuso mandar á aquella exposición, vino lastimosamente desportillada.

dos de escultura en Europa, enriquecieron también las galerías; y con tales envíos, y con los trabajos hechos en la Academia por los mismos discípulos de Vilar, pudo formarse un pequeño museo, en el que aparecía la historia de la enseñanza de un departamento tan importante de las Bellas Artes. Aceptables academias en yeso, buenas copias de originales y originales no desprovistos de valer, como las estatuas en mármol de San Sebastián y de David, mandadas de Roma por Pérez y por Valero, acrecentaron el caudal artístico de la Academia.

A propósito de estos dos pensionados, merece referirse por la enseñanza que proporciona, un hecho curioso relativo á los mismos.

Cumplido el plazo de su pensión en Roma, regresaron á México; mas como Vilar tomase en consideración las dificultades con que seguramente tropezarían para ganarse la vida en un país en el que tan poco trabajo hallaba el escultor, consiguió de la Junta Directiva el bondadoso maestro, que por dos años se les prorrogase la pensión en México, con la única condición de hacer cada uno de ellos una escultura que se destinaría á las galerías de la Academia. Dióles al efecto, el mismo Vilar, los asuntos: la estatua de Judith á Pérez, y la de Ra-

fael de Urbino á Valero. Pusieron ambos manos á la obra, presentando en la exposición de 1858, sendas esculturas en yeso de tamaño del natural; pero de tal manera aparecieron plagadas de defectos, que no pudieron menos de despertar la hilaridad de cuantos las contemplaron, habiéndose tenido que relegarlas al último confin de las bodegas. Con ello pusieron en grave evidencia los dos pensionados, quedando de manifiesto su ignorancia y lo engañada que había estado la Junta con los envíos que estuvieron mandando de Roma como suyos, cuando eran obra de otros escultores famélicos de Italia, á quienes las compraban á poco precio para enviarlas con sus firmas, cubriendo de ese modo el expediente.

El hecho pone de relieve, cuán errada anduvo la Junta y anda aún nuestro Gobierno, al mandar pensionados á Europa, como lo hace al presente, sin las precauciones necesarias, que fuera garantía, así del comportamiento de los pensionados, como de la autenticidad de los trabajos que remiten como suyos.

En las subsiguientes exposiciones, presentó Vilar sus dos obras más sobresalientes, "San Carlos Borromeo con un niño," y la estatua de "Cristóbal Colón," una y otra vaciadas en yeso y de tamaño colosal,

y que D. Bernardo Couto hábale expresamente mandado hacer al artista para que fuesen colocadas, la primera, en el salón de Juntas de la Academia, como patrono San Carlos de la Escuela, y la segunda, que habría de ser vaciada en bronce para destinarse á un sitio público de la ciudad.

Amerítan el grupo de "San Carlos y el niño," (en quien se simboliza un alumno de la Académia), la expresión de ternura que irradia en el conjunto y el aire paternal con que el santo Arzobispo milanense ampara al infante.

Supera con todo, á la anterior, la estatua del descubridor del Nuevo Mundo. Aquí sí que la musa (ó dígase, el estudio en feliz consorcio con la inspiración) favoreció al escultor grandemente. Es obra de grande aliento y de hartó vigor y carácter. En el catálogo de la exposición correspondiente á 1858, léese la siguiente referencia debida acaso á la pluma de Couto:

"Este inmortal navegante, representado en pie, indica en la esfera el Nuevo Mundo, y tiene la mano en el pecho demostrando que él hizo tan extraordinario descubrimiento. En su continente y expresión, revela la gloria de que está poseído por ver realizados sus ensueños, que tantas veces manifestó á los Reyes

Católicos, y cuya protección le proporcionó ser el instrumento de la gran Isabel para llevar la religión y la civilización á remotas tierras."

Para valorizar esta obra, no nos fijaremos en las dimensiones próceres de la estatua, no en lo sereno y majestuoso del continente, no en la buena elección y lo expresivo del movimiento, sin caer para nada en lo enfático; no en la sencillez y propiedad del ropaje: el amplio balandrán, la tuniqueña ceñida por grueso cinturón, del cual pende la característica escarcela; las calzas y el birrete; fijémosnos tan sólo para aquilatar el mérito de la escultura, en lo bien caracterizado que aparece en ella el hombre de genio y el marino; aquel hombre que, como dice Cánovas del Castillo con observación profunda y sagacísima "no halló por casualidad el orbe nuevo como tantos han hallado las cosas, sino que decididamente marchó a poner sobre él las manos."

Muchas estatuas de Colón se han levantado en Italia, España y América; á ninguna de ellas cede en dignidad ni en carácter la que la ciudad de México ha erigido en la glorieta de Buena Vista, al inmortal genovés. (1) la estatua de Co-

[1] Esta obra maestra de Vilar, por iniciativa de D. Joaquín García Icazbalceta, Presidente de la Junta Colom-

lón hecha por Cordier, que se levanta en el Paseo de la Reforma, aparece comparada con la de Vilar, mezquina, vulgar é insignificante. Acaso sea la del monumento de la ciudad de Barcelona, la única estatua de Colón que lleve ventaja á la de Vilar, por la mucha vida que tiene, y que se halla expresada singularmente en la energía de su movimiento. Hemos de decir, con todo, que no todos los perfiles de la obra que elogiamos, son igualmente buenos, sino solamente los del frente, y que presenta, además, un gran obscuro hacia la parte inferior izquierda, que la hace desmerecer un tanto.

Débense á nuestro escultor asimismo, varios bustos en yeso, de hombres ilustres: del prestante hacendista, restaurador y director de la Academia, D. Javier Echeverría, del poeta y secretario de la misma, D. Francisco Sánchez de Tagle, del filólogo americanista Fray Cristóbal de Nájera, del famoso escultor D. Manuel Tolsa, del estadista é historiador D. Lucas Alamán, del político y diplomático D. Manuel Díez de Bonilla, de la be-

bina en celebración del 4.º centenario del descubrimiento de América, fué vaciada en bronce por el hábil fundidor italiano Carandente, para ser colocada en Buena Vista, como lo fué, el 12 de Octubre de 1892, en el magnífico pedestal que delineó el arquitecto D. Juan Agea.

lísima dama, esposa de este mismo, Doña Mercedes Espada de Díez de Bonilla, (1) y del presidente de la República, general D. Antonio López de Santa Anna.

El estilo adoptado en todos estos bustos, es, cual cumplía á un escultor clásico, el de un moderado realismo, ó más bien, de un parecido idealizado, dándosele al personaje cierta nobleza sin alteración de su mismo parecido. Gracias á estos bustos, que los discípulos trasladaron al mármol, y á otros que ellos hicieron dirigidos por el maestro, podrán acaso perpetuarse las efigies de los hombres notables que representan; esto es, si por ventura, la barbarie iconoclasta no viene á consumir uno más de esos atentados de lesa-cultura que con tanta facilidad y harta frecuencia se cometen en este país, como el realizado no ha mucho, al haberse botado y destruído los bustos de Ruiz de Alarcón, Gorostiza, Calderón (Fernando), Paniagua, la Peralta y Acuña, que decoraban el gran atrio del Teatro Nacional, cuando se perpetró el magno desatino de arrasarse aquella insigne obra

[1] Tal escultura, que es de propiedad de la familia Díez de Bonilla, ofrece la rara particularidad de haber sido colorida al óleo por el pintor Clavé, de acuerdo con Vilar.

de arquitectura, que no será fácil veamos reemplazada por otra de igual mérito y belleza.

III

Sin embargo de encontrarse harto adelantados los trabajos para el monumento de Iturbide, que por encargo de la Junta había emprendido Vilar con la diligencia que ponía en todas las cosas, hubo de interrumpirlos definitivamente, á causa de haberse apoderado y dispuesto, en 1860, el entonces Presidente de la República, D. Miguel Miramón, de los fondos que para dicho monumento tenía destinados la misma Junta de gobierno de la Academia. Según el proyecto del escultor, que á la fecha se encuentra arrumbado en los salones de la Escuela de Bellas Artes, sin que nadie se dé cabal cuenta de lo que aquello representa, el monumento habría de consistir en un proporcionado y hermoso pedestal de granito, circuido de una amplia balaustrada. Sustentaría el pedestal, la estatua ecuestre en bronce, del caudillo del Ejército Trigarante, y levantaríanse de trecho en trecho en la balaustrada, las de los personajes más notables de la Independencia.

A la penuria en las arcas de una administración conservadora, debióse, pues, que la estatua del héroe de Iguala no se levante en alguno de los sitios públicos de la capital; empero, si aquella circunstancia no se hubiera presentado, ¿estamos ciertos de que cualquiera de los gobiernos liberales de la República, por ejemplo, el que hizo desaparecer, por considerarla vitanda, la efigie de Iturbide del salón en que al presente se reúnen los Diputados, habría tolerado en un sitio público, la estatua del discutido personaje histórico? Aun mayor desengaño que el de no tener un simulacro en bronce, pudo haber para la memoria de Iturbide: el de que hubiese sido derribada y hecha polvo su estatua, después de ser erigida entre vítores y honores.

Contrariedad grande hubo de causar á nuestro escultor, el ver inutilizados y perdidos todos sus estudios y trabajos para la ejecución de una obra de aliento, y en la que, de fijo, cifraría mucha parte de su renombre de artista; mas en cambio de semejante contratiempo, en ese mismo año de 1860, tuvo el grande gozo de presenciar la solemne inauguración en la Escuela de Medicina, de la estatua en mármol, de San Lucas, labrada por su discípulo Soriano.

En la ceremonia inaugural efectuada el

5 de Junio, y presidida por el Ministro de Instrucción Pública, D. José María Durán; el insigne médico D. Rafael Lucio, entendido apreciador del arte, dijo un discurso, en el que trató de San Lucas como cultivador de la medicina y propagador de una nueva civilización, y refirióse también á las Bellas Artes, conceptuándolas como muestra fiel de la civilización de los pueblos.

En la solemnidad tomó parte asimismo, el precoz pianista Julio Ituarte, entonces de edad de quince años.

Léese la siguiente referencia á nuestro escultor, en la reseña del acto, que hizo imprimir D. José Ignacio Durán, director de la Escuela de Medicina:

"El señor Vilar desempeñó el encargo de la translación de la estatua, con la eficacia y desinterés que le caracterizan."

No fué vano, antes merecido, tal elogio; dado que las prendas morales en Vilar, su probidad, su desinterés, su laboriosidad, corrían parejas con su valimiento como artista, prendas que le granjearon siempre la estimación de cuantos le conocían y trataban.

Del desinterés suyo y dedicación en la enseñanza, había dado ya público testimonio, D. Bernardo Couto, al proponer á la Junta Directiva, que Vilar modelara la estatua del descubridor del Nuevo

Mundo; trabajo con el que quiso recompensar y favorecer el equitativo director al dedicado maestro.

Es nada despertar los elogios de sujetos baladíes, pagados del oropel y falsas apariencias, dispuestos siempre á soltarle laudatorias al primer embebecador que se le presente; lo difícil y verdaderamente lisonjero y satisfactorio es, haber sabido merecer las alabanzas de hombres del conocimiento, seriedad y circunspección de un Durán y de un Couto.

Las excelencias de la estatua de San Lucas eran prueba concluyente de la buena enseñanza del profesor de la Academia; y si por acaso tal obra no hubiese sido suficiente á demostrarlo, los magníficos retratos en mármol, de Maximiliano y de Carlota que no mucho después, esculpió Felipe Sojo ya sin la dirección del maestro, dieron clara muestra de lo fructuoso que fué la presencia de Vilar en la Academia de San Carlos.

Tanto como buen profesor, fué Vilar paternal amigo para con sus discipulos, pues frecuentemente acudióles con liberalidad en sus enfermedades y pobreza. A todos prestaba ayuda, y á nadie negó nunca sus servicios; por eso fué estimado y querido de cuantos le conocieron.

No sobrevivió mucho á la solemnidad de la Escuela de Medicina, pues á los

pocos meses enfermó y vióse en el caso de dejar de concurrir á su clase en la Academia, quedando confiada á su discípulo Sojo. Agravóse en Noviembre del propio año, dictó sus últimas disposiciones testamentarias y falleció el 25 del propio mes. En la esquila mortuoria se leía lo siguiente:

“Bernardo Couto, Presidente de la Academia Nacional de San Carlos, Peregrín Clavé y Lorenzo Hidalgo, albaceas testamentarios de D. Manuel Vilar, Profesor de escultura en la misma Academia, tienen el sentimiento de participar á usted que este distinguido artista ha fallecido el día de hoy á las dos de la mañana. Ruegan á usted haga por el descanso eterno de su alma, los suffragios que su piedad le dicte, y se sirva honrar con su presencia sus funerales, que se harán en San Fernando, el día de mañana, lunes, á las nueve de la mañana. México, Noviembre 25 de 1860.”

Grandemente sentida fué la muerte del artista, á cuyos funerales asistió un crecido cortejo. Los alumnos de la Academia, disputáronse la satisfacción de llevar en hombros sus mortales despojos. Los bienes que dejó, por disposición suya fueron repartidos entre su prometida, (quien vivamente impresionada con su muerte, le siguió en breve al sepulcro).

sus discípulos y un amigo que había dejado en Italia.

Como demostración del cariño que Vilar inspiró en vida, erigiósele un artístico sepulcro en la iglesia de Jesús Nazareno, de esta ciudad, á donde fueron trasladadas y depositadas definitivamente sus cenizas. El pintor Petronilo Monroy, diseñó para dicho sepulcro un cuadro con la Virgen de la Piedad. Sojo esculpió el busto del maestro, y el escultor Calvo hizo una cruz decorativa para el monumento.

Hay en el arte que cultivó Vilar, grandes dificultades que vencer antes de llegar á dominarla. Aparte de la diversidad de perfiles que pide cada estatua ó grupo, tantos cuantas puedan ser las posiciones desde las cuales el espectador los contemple, diversidad que tanto arredró al Berruguete; hay en la escultura la falta de color y la moderación en la expresión, circunstancias una y otra que la privan de estos dos grandes recursos con que la pintura obtiene un inmenso partido, y para compensación de los cuales, tiene que reconcentrarse el mayor interés de la obra escultórica en la excelencia de la forma. Sin bellas formas no se concibe la buena escultura, cuyo objeto principal, por no decir casi exclusivo, es el cuerpo humano y sus innúmeras ac-

titudes. Ningún otro atractivo de la obra, por pintoresca, nueva de invención y atrevida que se la suponga, será parte á compensar la falta de la belleza de la forma. De ahí las grandes dificultades que la estatuaria ofrece; de ahí que no pueda ser gustada sino por un corto número de espíritus cultos, de ahí también el reducidísimo número que ha habido de buenos escultores. Por cada cien sobresalientes pintores aparecen sólo dos ó tres escultores notables. Arte rara, elevada y exquisita es la escultura, inaccesible para el vulgo é insuperable para el artista mediocre; es como la música de cámara ó la tragedia clásica, que á muy contados mortales les es concedido poder cultivarlas ó tener la emoción estética con ellas.

Supuestas las grandes dificultades que la escultura presenta, han de reconocerse los méritos de Vilar, al habernos dejado no solamente excelentes obras suyas, sino á la par dos aventajados discípulos.

México, Mayo de 1904.

D. JUAN CORDERO